



aranjuez

Todos los años procuramos ser fieles a una vieja tradición personal, consistente en, cuando llega el otoño, hacer una excursión desde Madrid al vecino Real Sitio de Aranjuez.

Los madrileños tenemos, en los alrededores de nuestra ciudad, y como herencia de cuando la villa era corte, los Reales Sitios. Uno en la vecina provincia de Segovia, y dos en la de Madrid. El Real Sitio de San Ildefonso, en La Granja; el de San Lorenzo, en El Escorial; y el de San Fernando (¿) en Aranjuez. La distancia de todos ellos a la ciudad es tal, que se propicia la excursión de un día, con ida y vuelta por carretera.

Resulta curioso agrupar con cada uno de ellos la colección de datos similares que nos

los sugieren. La Granja: el pino de Balsaín, la trucha, el cristal, Castilla la Vieja, el verano, Muñoz. El Escorial: el fresno, la ternera, la pizarra, la Sierra, la primavera, Juan de Herrera. Aranjuez: el plátano, el faisán, la teja, La Mancha, el otoño, Godoy. Los nombres genéricos con que se conoce a sus nativos no dejan de tener gracia en los tres casos. Culipavos, los de La Granja; gurriatos y pericos, los de El Escorial y Aranjuez, respectivamente. Pero dejemos en horabuena esta disquisición marginal tripartita y ciñámonos a la villa de Aranjuez, objetivo de nuestro comentario.

Conviene—esto es muy importante—estar atento para elegir con acierto el día en que vamos a realizar la excursión. En Madrid

tenemos que andar vigilando el aspecto y color de las arboledas del Retiro y la Casa de Campo. Cuando las hojas de los plátanos y los castaños de indias adquieren esa tonalidad dorada inconfundible, hay que prepararse. Como, afortunadamente, hay trabajo en el estudio, los días de labor no son utilizables. El día indicado es el sábado: con salir de Madrid poco después del mediodía, nos sobra tiempo. Pero los sábados se repiten, monótonamente, cada siete días. Entonces no es posible la duda, y hay que actuar con decisión, pues en este período de tiempo, aparentemente tan corto, pueden producirse cambios sustanciales en el aspecto de los jardines de Aranjuez, objetivo principal de nuestra gira.

—Este sábado, sin falta, no tenemos más remedio que ir a Aranjuez—anunciamos en casa—; si no vienen esos, vamos solos. No estoy dispuesto a que nos vuelva a ocurrir lo de hace cuatro años, ¿te acuerdas?, que cuando fuimos estaban ya los jardines, cómo te diría..., “pasados”.

Pero... ¿qué cualidades tiene Aranjuez y sus jardines para ejercer una influencia tan fuerte sobre nosotros? ¿Por qué nos atraen todos los años inevitablemente? Es cosa, lo confieso, que nunca me había parado a pensar; pero que ahora la veo con toda claridad.

Hay varios factores que, sin duda alguna, influyen en mayor o menor grado. La facilidad del viaje en automóvil, a causa de la distancia y el cómodo trazo de la carretera; la sensación de oasis que produce al llegar el contraste entre el verdor del valle del Tajo, con la sequedad extrema de los llanos de Pinto y Valdemoro; el aspecto de gran pueblo manchego que nos ofrece su caserío; desde el punto de vista gastronómico, la bondad y economía de alguna taberna; y, en fin, la delicia inigualable que supone el paseo tranquilo y sosegado por sus silenciosos y poco frecuentados jardines por la tarde, a primera hora, cuando el sol que va hacia Occidente empieza a bajar y todo se tiñe de melancolía.

Una vez que el viajero consigue "salir" de Madrid, el viaje resulta cómodo por carretera. Nos cruzamos muy frecuentemente con el tráfico pesado camionero que, procedente de las feraces huertas levantinas de Valencia y Murcia, va hacia Madrid. También con el que viene de Andalucía, ya que, entre Ocaña y Madrid, se produce un "cuello de botella" en el sistema español de carreteras. Podemos pronosticar que en breve resultará imprescindible la construcción de una carretera que siguiendo el valle del río Jarama separe el tráfico que va a Madrid del que marchando al Norte se ve ahora obligado a cruzar la ciudad.

Desde el año pasado observamos que han aumentado en gran número las construcciones industriales a un lado y otro de la carretera. Hasta Pinto, no perdemos la sensación de núcleo urbano, y pronto se habrá formado una línea continua de industrias que llegará hasta la Cuesta de la Reina, en otros tiempos temida por su trazado y pendiente, y que hoy en día se ha convertido, gracias a la variante realizada, en un simpático, agradable y amplio tobogán que suavemente nos hace descender al valle del río Tajo. Creemos que es la publicidad indirecta y gratuita que proporciona el emplazamiento una de las causas de que se busquen los bordes de las carreteras de mucho tráfico para situar los establecimientos industriales. Lo malo son las servidumbres que, para el tráfico de la carretera, este hecho representa. Pero esto es otra cuestión que, está bien claro, no tiene nada que ver con Aranjuez.

Al llegar a la Cuesta de la Reina la visión del valle del río Tajo es muy hermosa. Hemos venido por la zona de paisaje más árido de las que rodean nuestra ciudad. En efecto, los alrededores de Madrid son bien distintos según la orientación de los mismos. Así, al Norte, tenemos la Sierra; al Este, la Alcarria; y al Sur, que es por donde se va a Aranjuez, La Mancha... Pero una zona manchega árida y poco grata, por lo que resulta más espectacular todavía la panorámica del valle del río Tajo. Quizá se me diga por algunos, que la región manchega empieza más al Sur. Es posible que así sea,



pero a nosotros nos parece que por aquí, pese a estar en la provincia de Madrid, ya empieza a barruntarse su proximidad y creemos estar ya en ella. ¿Cuáles son los límites exactos de esta región? Vaya usted a saberlo; a mí me da la impresión de que en esto no deben estar muy de acuerdo los distintos autores. A este respecto citaré un hecho, ciertamente anecdótico, aunque gracioso. Hace años, al llegar a la provincia de Ciudad Real, colocaron un gran cartelón al borde de la carretera general de Andalucía, donde podía leerse: "Viajero, has llegado a la Mancha." Ante las protestas, supongo yo, de los toledanos, cuya provincia se cruza antes por la misma carretera, pusieron meses después, con letra pequeña y como apostilla: "de Ciudad Real". Viene esto a cuento a que yo estimo que la región se extiende por parte de las cinco provincias de Castilla la Nueva y que, desde luego, hay que incluir en ella a la lengua de tierra madrileña





que, teniendo como eje al río Tajo, se incrusta en tierras toledanas.

El caserío de Aranjuez, decía antes, que produce un efecto de gran pueblo manchego, y así es a mi juicio. Quizá no sea tan blanco como Campo de Criptana, pongamos como arquetipo; ni la profusión de buhardillas de las cubiertas de los edificios, sea cosa que ayude a la sensación que apunto; pero es indudable que el trazado regular de calles y paseos; la topografía casi horizontal en que se asienta, y, sobre todo, la proporción entre el ancho de las calles y la altura de los edificios, son elementos fundamentales de la apreciación subjetiva que señalo.

De todas maneras todo esto empieza ahora a cambiar y está en trance de grandes modificaciones. Aranjuez, en los últimos tiempos, supo absorber sin perder sus características y apariencias, el desarrollo que su industrialización le aportaba. Supo o pudo, ya que la industrialización se hizo lentamente. Pero ahora, sin embargo, parece que la cosa va en serio y hacen falta viviendas para alojar a los nuevos vecinos. Siguiendo el ejemplo que tan cerca tienen, la solución es bien simple. Se aumenta la edificabilidad de los actuales solares y en el mismo núcleo actual se pueden alojar dos, tres o diez veces más habitantes que hoy. Los edificios del Aranjuez, llamemos tradicional, se componen de dos plantas, planta baja y un piso. Como las calles son, en general, de anchura generosa, resulta que la proporción es de uno a dos, o a tres, entre altura y ancho. Naturalmente, parece obligado, y así lo venimos leyendo en las distintas Ordenanzas Municipales para la Edificación, que los edificios puedan tener de altura vez y media el ancho de la calle; y, siendo muy generosos, como máximo sean iguales ambas medidas. Por tanto, en el casco actual de Aranjuez "caben" casas mucho más altas que las actuales, y ya están empezando a surgir, por lo que podemos iniciar la despedida al aspecto manchego que aludí. De todas maneras se me ocurre pensar que quizá pudiera haberse aumentado la estatura de los nuevos edifi-

cios, pero sin llegar a las seis plantas y ático que he visto. Baja y tres, pienso que no hubiese estado mal. Ahora bien: las siete plantas que se construyen tienen una gran ventaja sobre las cuatro que yo propugno y que no es otra que la necesidad de instalar ascensores. Todos sabemos que la existencia de estos artilugios mecánicos es una prueba palpable del progreso y desarrollo de las ciudades, y que los vecinos ven con muy buenos ojos todo lo que tienda a la mejora de su ciudad. De seguir así, y si Aranjuez sigue progresando, como es mi deseo, cuando todos los edificios actuales hayan sido sustituidos en su casco por otros de siete plantas, es fácil pronosticar que tendrán que recurrir a lo que ahora se considera como el "sumum", el no va más, el acabóse, que diría un castizo, si es que queda, del progreso: a la construcción de estacionamientos subterráneos para los automóviles. Iniciada tímidamente la construcción de edificios de altura y la motorización de la ciudad, resulta ya difícil encontrar un hueco para estacionar el coche en el centro. Las señales de prohibición de estacionamiento y giros proliferan ya. ¿Qué va a ocurrir cuando los obreros de sus industrias abandonen las bicicletas que ahora utilizan de forma masiva y las sustituyan por el automóvil? ¡Estacionamientos subterráneos en Aranjuez! ¡Qué barbaridad!..., pensará más de uno. Contesto yo: ¿Esperaba usted, hace bien pocos años, ver a Madrid destripado, con sus mejores paseos y plazas destruidos por las obras de construcción de los estacionamientos subterráneos?

Pero, claro, el crecimiento del caserío en altura es la única solución que para ubicar más vecinos en una misma superficie se nos ocurre. Y es, aparentemente, el más económico. Lo que luego vayan a costar los estacionamientos, por ejemplo, ahora no cuenta. Porque la ciudad también puede ensancharse manteniendo su altura, pero esta solución no parece aconsejable por estos pagos. Hay deseo de que las ciudades crezcan y conserven la línea, pero no de que engorden y se ensanchen. Un amigo mío que lleva diez años viviendo en Cali (Colombia) me ha ex-

plicado cómo esa ciudad, que tiene alrededor de un millón de habitantes, está casi exclusivamente formada por edificios aislados de vivienda unifamiliar, todos con su jardín. El municipio, lo que no deja de ser curioso, multa a los vecinos que no tienen bien cuidados sus jardines. Todas las clases sociales de la ciudad viven así. El edificio de viviendas colectivo es desconocido. La ciudad, es natural, ocupa una superficie desmesurada, ya que la densidad es muy baja. De todas maneras mi amigo, al que se le ha quedado algún americanismo en el hablar, dice que la ciudad funciona y que con el "carro" se va pronto a todas partes. Mi amigo lleva unas semanas en Madrid, a donde ha vuelto por primera vez desde su salida. ¿Hace falta que diga la opinión que le merecemos los que, de una forma u otra, hemos intervenido en el crecimiento y ordenación de Madrid? Supongo que no. Y no conviene escurrir el bulto, porque estimo que todos los que vivimos en Madrid participamos en su evolución biológico-urbanística y no es válido descargar las culpas sobre el arquitecto municipal de tal o cual zona. Todos los vecinos de la ciudad, unos en mayor y otros en menor grado, hemos intervenido en la transformación de nuestra ciudad.

No quiero decir con lo anterior que sea partidario de las ciudades extendidas y con poca densidad. Sólo quiero decir que existen, y que es una solución válida y que tendrá sus ventajas y sus inconvenientes. Quizá Aranjuez podría haber intentado el crecimiento en horizontal. Terrenos llanos e inicialmente baratos deben encontrarse en cuanto se salga del regadío... ¡Terrenos inicialmente baratos! Aquí viene a cuento dejar escrito el conocido dilema urbanístico: los terrenos para edificar son caros porque sobre ellos se puede construir un determinado volumen; a más volumen, más caros; o, por el contrario, cómo se puede edificar un determinado volumen—los terrenos son caros—, a más volumen más precio. ¿Qué fue antes, la gallina o el huevo? Yo no lo sé, y de ahí que diga que para mí es un dilema. Lo que hace falta es que si algún

perico emigra, cuando vuelva dentro de diez años, como mi amigo, encuentre sitio cómodamente para dejar el "carro" estacionado sin que le cueste dinero, mientras abraza a su madre.

Las fotografías que ilustran este comentario están hechas por mí el año pasado, y de ahí la abundancia de hojas que hay en los paseos, la humedad del ambiente..., y también que figuren varias de una casa que ha sido derribada recientemente. Menos mal a que, pese a que todavía no es época, estuve el otro día en Aranjuez, porque si no el planchazo hubiese sido morrocotudo aconsejando a mis lectores que no dejasen de visitarla. Esta casa ocupaba una manzana entera y estaba situada a la salida del pueblo, hacia Ocaña, según se va a la derecha. Pienso que debía pertenecer al Patrimonio y que su antigua función era la de viviendas de servidores de Palacio y que en la actualidad estaba deshabitada. Se apreciaba fácilmente, desde el exterior, el mal estado de los elementos resistentes de la cubierta y se veían gran cantidad de gatos que andaban por los tejados, como es en ellos peculiar. Precisamente el tejado, con su triple línea de buhardillas, era lo que más nos gustaba a nosotros y ha sido una pena que otro fotógrafo más experto que yo no se haya lucido con el tema. Su estado ruinoso habrá aconsejado su derribo y es posible que sea en estas obras donde se haya accidentado, afortunadamente de poca importancia, nuestro compañero Ramón Andrada. Al desearle desde aquí un rápido establecimiento le manifiesto la seguridad que tengo de que al pasar de nuevo por allí, a la vez que recuerde la "casa de las buhardillas", como la llamaba yo para entenderme, admiraré la nueva construcción que se levante.

Parece que ha llegado la hora de hablar y dar una vuelta por los jardines de Aranjuez. Entre los de la Isla y el Príncipe elegimos estos últimos para el paseo. En la puerta más próxima al pueblo leemos: "Entrada de coches de turismo: 25 pesetas." Nosotros hemos dejado el nuestro fuera, así





es que pagamos cinco pesetas por persona para tener derecho, además del paseo por los jardines, a visitar la Casa de Marinos. Vamos hacia ésta y nos llama la atención el nombre de la primera plaza que nos encontramos: "Plaza de Pamplona". Viene hacia nosotros un 600 matrícula de Jaén que ha pagado sus cinco duritos. Me pregunto: ¿Se habrán llegado a bajar del coche éstos...? Porque, la cosa se las trae, ir a unos jardines y no llegar a pisar el suelo... El jardín está precioso y el paseo es una delicia. Empezamos a ver faisanes y faisanas que se pasean por las tierras de labor del jardín. Al principio—nos pasa todos los años—nos llaman mucho la atención. Después, una vez vistos los dos primeros centenares—y conste que no hay exageración en la cifra—, no les hacemos ni caso. Llegamos a la Casa de Marinos, edificio de nueva planta muy reciente, donde se ha instalado un museo en el que se expone las Falúas Reales que utilizaban los Reyes de España para pasear por el río Tajo. El edificio nos parece un gran acierto de proyecto y también de situación y ambientación por sus alrededores. La pasarela colgante para cruzar el río, el reconstruido torreón con su restaurante, el mástil con la bandera, los salvavidas... Todo me parece que está muy bien. En el interior están, junto con las seis falúas, una serie de objetos que las acompañan y van bien al caso. El guía, que por lo visto obligatoriamente nos conduce, dice al llegar delante de cada una de las seis falúas reales: "Esta falúa tiene tantos metros de eslora, de largo, de longitud de proa a popa." De esta forma aquel que no sepa lo que es la eslora queda enterado siempre que sepa lo que es la proa y la popa de una embarcación; cosa que parece que, como el valor en el ejército, se supone, aunque el visitante sea de Jaén, pongo por provincia poco marinera. La Casa se visita en diez minutos escasos, matiz que para mí es una de las mayores virtudes que puede tener un museo. Me gusta el minimuseo, y me declaro enemigo del supermuseo; qué le vamos a hacer. Así es que en seguida estamos de nuevo paseando por los jar-

dines, bordeando el río, entreteniéndonos con los patos que por él nadan e imaginándonos lo que sería, si pudieran hacerse, unas regatas de falúas. Las seis que hay en la Casa que ha hecho Andrada, conducidas por los remeros de Orio, Fuenterrabía, Pasajes de San Juan, Sestao, Pedreña y Peñacastillo. El espectáculo—hay que reconocerlo—tiene tanto de irrealizable como de extraordinariamente pintoresco. ¡Las camisolas verdes de los remeros de Ondarribi por el río Tajo!... ¡Los aguiluchos tomando la ciaboga, entre Las Delicias y la Rana Verde! Seguimos sin hacer caso a los faisanes y admirando los ejemplares arbóreos, algunos verdaderamente extraordinarios. Plátanos, olmos, castaños de Indias, cipreses... nuestras pisadas se ablandan sobre el tapiz de las hojas caídas. Las fuentes, que en este jardín abundan, están dispuestas de manera muy romántica. Ninguna de ellas tiene el menor vestigio de que por ella haya corrido el agua desde hace ya muchos años. A nosotros nos gustaría ver funcionar sus juegos de agua, siquiera fuese parcialmente o, cuando menos, que los estanques estuviesen llenos. Claro que esta opinión nuestra no la comparten los niños y niñas de Aranjuez, que los utilizan para jugar al escondite. Paseo de María Luisa, Paseo de María Teresa, sigue el romanticismo en los alrededores de la piscifactoría, donde vemos saltar a las truchas. Los templete y quioscos de piedra y madera ambientan el recorrido.

Cuando el otoño, si es que este año al fin llega, se presente volveré de nuevo un sábado a Aranjuez; entonces, todo es posible, quizá me encuentre con algún compañero que con su familia se pasee entre los oros del paisaje otoñal. Me alegraré mucho de que, si esto sucede, me diga:

—Tenías mucha razón. Aparte de que hemos venido en un soplo y de que hemos comido bastante barato y bien, esta soledad, este piar de los pájaros, estas hojas que caen, este colorido... crean un ambiente que a nosotros nos ha proporcionado una agradabilísima manera de pasar la tarde del sábado.